

“Remember the Maine”: lecciones del Crocus City Hall

SERGIO RODRIGUEZ LÓPEZ-ROS

El 15 de febrero de 1898 el buque estadounidense *Maine* estalló en el puerto de La Habana al principio de la mañana. Un día que se antojaba normal, dentro de la normalidad de los 90 años de pérdida constante de soberanía española en América, se convirtió en el *casus belli* para que Estados Unidos declarara la guerra a España, a la que llevaba intentando comprar la isla desde 1854. El objetivo pretendía incorporar un nuevo estado esclavista a la Unión para que el debate pro y contra la esclavitud se decantara en favor de los primeros.

Inmediatamente los poderes fácticos interesados en la guerra contra una potencia como España, que estaba en decadencia desde en 1796 supeditó sus intereses a los de Francia, con el trágico resultado de la batalla de Trafalgar en 1805, se pusieron en marcha para impedir el esclarecimiento de los hechos y e indicar la guerra como única solución. El *New York Journal* y el *New York World*, de Hearst y Pulitzer respectivamente, iniciaron una campaña de propaganda antiespañola bajo el lema *Remember the Maine, to Hell with Spain!*, con tácticas de falsedad mediática que ofuscaron las investigaciones. Tanto la norteamericana como la española concluyeron que la explosión se produjo desde dentro hacia afuera. Poco importó: el 25 de abril Estados Unidos declaró la guerra a España. En 1912 la marina estadounidense lo reflató, remolcó y hundió en medio del océano, lo que fue lo mismo que esconder un cadáver.

El pasado día 22 la tensión por la invasión rusa de Ucrania dio un nuevo giro de tuerca con el atentado del Crocus City Hall, en el que han muerto 143 personas a manos del Estado Islámico del Gran Jorasán. Como vivimos en un mundo de inmediatez, poca gente recuerda la Guerra de Afganistán de 1978, el Vietnam de la URSS, porque la gran potencia comunista se desangró intentando defender a la revolución socialista del país afgano que habían propiciado en contra de los muyahidines, apoyados por Estados Unidos. Aunque en 1989 tuvieron que retirar sus tropas, la guerra ha permanecido en la memoria de los afganos, quienes han alentado un sentimiento antisoviético y antirruso. Sólo faltaban las guerras chechenas de 1990 y el cariz de Cruzada con el que Putin ha abordado la intervención de Rusia en Siria desde 2015, con algunos bombardeos indiscriminados, para reverdecer la venganza.

Sin embargo, como en el *Maine*, todo esto importa poco. Las redes se han llenado ya de datos confusos, imágenes manipuladas e interpretaciones sesgadas. Lo importante no es la verdad sino la apariencia de verdad. Y, en una población rusa tensionada por el conflicto, el impacto de una masacre como la reivindicada por el Estado Islámico del Gran Jorasán la hace especialmente vulnerable a actuar a partir de las emociones más que de las razones. Evidentemente, el presidente ruso no ha dejado pasar la ocasión para acusar a Ucrania de la matanza. Putin tiene ya su *Maine* para intentar finiquitar a un país que se le resiste. Está haciendo de la necesidad virtud, porque necesita más armamento y tropas para continuar la invasión. Pero también sabe que no dispone de los medios

suficientes para mantener un conflicto bélico en el oeste y otro en el sur. Sabe también que no va a contar con el apoyo de China, que cuida en extremo sus relaciones con los países musulmanes. Ampliar el frente de guerra supondría, sencillamente, el hundimiento de su régimen por asfixia de medios, de apoyo y de dinero, por bien que esté marchando su economía de guerra.

Por eso vamos a ver que Rusia, como con el submarino *Kursk*, rechazará la ayuda occidental para esclarecer los hechos, para realizar las autopsias, para parametrizar a los detenidos, para recrear el lugar del crimen. Las víctimas se enterrarán rápido, los acusados serán procesados rápidamente, el Crocus City Hall se transformará pronto en un monumento y el acontecimiento se convertirá en una efeméride. Urge echar tierra sobre los hechos y pasar rápidamente al contraataque. Y echar la culpa a quien le interesa al régimen ruso. Sin embargo, como la realidad es tozuda, el atentado es casi idéntico al del teatro Dubrovka de Moscú en 2002, que provocó 170 fallecidos, prácticamente los mismos que ahora en un escenario similar. Si los acontecimientos se repiten quedará en evidencia la verdadera causa de la matanza y Rusia no tendrá más remedio que reorientar su estrategia. No puede sostener dos guerras, máxime sin apoyo.

Como no hay nada nuevo bajo el sol, en medio de tanta confusión tenemos la certeza de la sabiduría de los clásicos, quienes ante un fenómeno disruptivo como el que acabamos de presenciar se preguntaban *cui bono* o *cui prodest*. El atentado beneficia a corto plazo a Rusia, que dispone ya de una excusa para reavivar una guerra que no avanzaba como planeaba; a medio plazo, sin embargo, beneficia a quienes quieren que Ucrania gane la guerra, que no son sólo los ucranianos. Desde luego, no es la Unión Europea. Eso no quita ni un ápice de responsabilidad para los islamistas radicales. Pero ahí lo dejo.